



c a p í t u l o

1

**L**a habitación estaba a oscuras, apenas iluminada por el reflejo de la luz que pegaba en el muro de la planta baja y se colaba por los costados de la persiana. A Helen le costó ver el reloj, que marcaba las ocho y cuarto. Sabía que tenía que despertar a Matthew, pero también sabía que iba a estar de pésimo humor porque ella se había olvidado de poner la alarma. Y cuanto más tardara, peor sería su humor. No tenía opción. Le clavó suavemente un dedo en las costillas, dos veces porque él no respondía, hasta que acabó por darse la vuelta para coger irri-tado el reloj de la mesita de noche al lado de la cama.

—Mierda, es tardísimo.

Somnolienta, Helen lo observó sacudirse de encima el edredón, alisarse el cabello gris de las sienes y ponerse su uniforme de trabajo —un traje oscuro, bien elegante y diseñado a medida, una camisa de buen corte y unos zapatos negros de cuero de becerro— sin siquiera molestarse en ducharse antes. Se agachó para darle un beso tosco y cerró la puerta de la habitación a sus espaldas. Ella se recostó sobre la almohada, que tenía rastros del *Black Code* de Armani que ella le había regalado para su aniversario, y miró la grieta en el techo. Definitivamente, había crecido. Se preguntó si podría hablar con sus

vecinos del piso de arriba sobre este asunto. Aunque no los conocía. Apenas los había visto tres o cuatro veces en los dos años que llevaba en el edificio.

Una pareja de treinta y pico: él, un escuálido, pálido como si jamás hubiera estado al aire libre; ella, con jersey de lana y pelo corto a lo chico de color pardusco. Y aun así, tenían encuentros sexuales de lo más escandalosos, que Helen escuchaba a través del techo, unas cinco noches por semana y a veces también por las tardes. Todo era muy ruidoso y teatral. Repetidos «oh, amor» y «sí, sí» y el respaldo de la cama golpeando contra la pared. En una ocasión tuvieron sexo al mismo tiempo que Helen y Matthew, y la casualidad tomó la forma de una competición, una guerra de gemidos. Helen siempre había tenido una vena competitiva.

Cuando sintió el cerrojo de la puerta principal y los pasos pesados de Matthew subiendo las escaleras para salir a la calle, pensó en levantarse. Pero, optando por lo contrario, se cubrió la cabeza con las sábanas y se acostó de nuevo. Luego sacó un brazo al frío de la habitación para buscar a tientas el mando a distancia y encendió el televisor. Después de todo, qué sentido tenía levantarse si unas horas después se estaría acostando de nuevo. Porque Matthew no se había ido a trabajar. No, no eran las ocho y cuarto de la mañana sino de la noche: se había ido a cenar a su casa. Con su mujer. Ah, y sus dos preciosas niñas. Porque Matthew estaba casado, y no precisamente con Helen sino con una mujer llamada Sophie. Y era así como Helen venía pasando todos los lunes de los últimos cuatro años. Y también la mayoría de los miércoles y jueves.

Y cada lunes y cada miércoles y cada jueves, cuando Matthew se iba a su casa puntualmente a las ocho, a Helen le quedaban dos opciones igual de apasionantes: o quedarse en la cama mirando sola el televisor o levantarse para mirar el televisor sola en el salón.

Esa noche, acostada bajo la oscuridad del edredón, escuchó una escena más de discordia marital en *EastEnders*\*. El marido de alguien acusaba a su esposa de andar flirteando por ahí. Muchos gritos, todos los trapitos a la luz: o se separaban o decidían quedarse juntos. Aunque así era en las telenovelas, Helen sabía que la realidad era mucho más complicada. La realidad era un pésimo programa de televisión, porque en la realidad nada llegaba a resolverse nunca. La realidad era un hombre viniendo tres noches a la semana durante un par de horas y luego regresando a su esposa como si no pasara nada. Una y otra vez. Durante años.

\* \* \*

Helen jamás hubiera imaginado que sería la amante de alguien. Ella sólo había querido lograr tres cosas en su vida: un trabajo bien pagado en Relaciones Públicas, un piso propio y un hombre, que también le perteneciera exclusivamente a ella. De alguna forma, había acabado ocupando un puesto de asistente personal, que en el lenguaje común equivale a decir secretaria. Como no ganaba lo suficiente como para comprarse un piso, alquilaba uno de una habitación cerca de Camden High Street que tenía un pequeño patio en la planta baja, una grieta en el techo de la habitación y una mancha enorme de humedad en la pared del baño. En cuanto al hombre... bueno, ella era de las que creía en el amor verdadero, en el compromiso y en el «hasta que la muerte nos separe», sólo que hasta ahora no le había tocado.

Había crecido viendo a sus padres profesándose una tenaz devoción, formando juntos un frente de «nosotros contra el mundo» que a menudo la excluía incluso a ella, su úni-

---

\* Popular culebrón de la televisión británica que retrata la vida de personajes que residen y trabajan en el East End de Londres. [N. del E.]

ca hija. Desde entonces, se había pasado la vida intentando encontrar al compañero perfecto para formar su propio dúo. Jamás había imaginado que lo encontraría en alguien que ya estaba casado.

En otro momento, muy lejano en su vida anterior, Helen había estado comprometida con un hombre, el último de una serie de noviazgos largos. Mirando atrás, no podía recordar qué era exactamente lo que había visto en Simon. En realidad sí que podía: Simon era joven y apuesto, tenía un buen empleo y la dosis justa de ambición. Lo que ahora le costaba enorme esfuerzo era descifrar por qué había permanecido a su lado cinco años. Pero no, es que así era ella. No podía quitarse de encima la herencia paterna, aquello de que las relaciones son para toda la vida. Una vez que decidía que valía la pena intentar una relación con alguien, se quedaba allí clavada, a pesar de cualquier signo que indicara lo contrario. Así, ignoró que había sido *ella* la que propuso hablar de futuro, la que fingió no notar cómo los ojos de él se ponían vidriosos cuando mencionó lo de ahorrar para comprar un piso. Ella había invertido años en este hombre, tenía que valer la pena, de ninguna forma podía admitir un fracaso. Tenía todos los huevos en la misma canasta y ninguna intención de sacarlos de allí. Hasta que una tarde fue Simon el que resolvió sacarlos, uno por uno, y saltarles encima. Estaban preparando la cena, aquel ritual nocturno que, Helen pensaba, era señal evidente de que una relación era seria y madura.

—Me van a transferir —había mascullado Simon sobre el colador donde dejaba caer las patatas que estaba pelando.

Helen lo había abrazado.

—¿Conseguiste el ascenso? ¡Gerente regional, vaya! ¿Entonces nos vamos a Manchester?

Él había mantenido la cabeza gacha, aparentemente concentrado en quitarle el ojo a una patata.

—Eeeh... no exactamente, no.

—¿Adónde, entonces? —Ya la estaba poniendo nerviosa, allí todo rígido mientras ella intentaba abrazarlo. Simon había dejado el pelador de patatas y se había vuelto para mirarla, inspirando hondo como hacen los actores más histriónicos en su escena de gloria en una telenovela.

—Yo me mudo a Manchester. Solo.

Luego empezó a decir que, claro, que no era por culpa de Helen. Era todo culpa de él, que le tenía miedo al compromiso. Se sentía muy joven, le había dicho, para irse a vivir con una mujer. Era todo un problema de momentos. Si la hubiera conocido unos años después, cuando se sintiera seguro para dar el paso...

—Yo te amo, es sólo que... estoy jodido. Sé que me voy a arrepentir de esto, pero es algo que debo hacer. —Había lloriqueado, regodeándose en su papel. Le había asegurado que no se trataba de que hubiera alguien más, y Helen le había creído. De hecho, había llegado a sentir lástima por él, por lo triste que parecía a causa de la decisión que acababa de tomar.

Dos meses después le llegó la noticia de que estaba a punto de casarse con otra.

Helen tenía entonces treinta y cinco años. Dolida y apeleada más por el fracaso de la relación que por la pérdida misma de Simon, la separación había sido un duro golpe. Así que se había jurado que en adelante se divertiría un poco, tomaría las oportunidades que se le presentaran sin detenerse demasiado en analizar su potencial. Y justo en ese momento apareció Matthew; su jefe, claro, veinte años mayor, pero ¿por qué iba a rechazar un buen cliché cuando se te cruza en el camino de ese modo?

Matthew era guapo de la forma en que se dice que un cincuentón es guapo, es decir, a pesar de (o tal vez justamente a causa de) las canas y la panza. Alto y seguro de sí mismo, daba la impresión de que se regodeaba en su estado de macho alfa. Su cabello no tenía ya cuerpo, pero aun así lo llevaba un poco lar-

go y peinado para atrás, disimulando con relativo éxito su coronilla pelada. Cuando le llegara el día de afeitárselo todo y pasear orgulloso su calva, lidiaría con ello tan bien como lidiaba con el resto de las cosas, pues tenía una forma de andar por el mundo como si fuera su dueño, esa rotunda conciencia de sí típica de los que han estudiado en colegios privados, una forma de desafiar a quienquiera se atreviera a disputarles su lugar en la escala social. Tenía la habilidad de contagiarle a cualquiera esa sensación de ser el centro del universo. Físicamente, su mayor activo —su único activo, en realidad— eran sus ojos azul claro, que se destacaban en un rostro por lo demás común, pero Matthew se manejaba como si fuera el hombre más atractivo de la sala, y de hecho acababa resultándolo. Su éxito en el trabajo operaba de afrodisiaco, también, para esa clase de mujer de la que Helen era el principal exponente. Y aun así, era un buen compañero: gracioso, buen contador de historias, sabía escuchar. Y era leal. Salvo con su esposa, claro.

\* \* \*

Helen había comenzado a trabajar en Relaciones Públicas Global cuando tenía treinta y cuatro años. Un poco tarde para empezar una carrera, es cierto, pero se había pasado la mayor parte de los veinte viajando y pasándose bien e intentando ignorar esa molesta voz de la conciencia que le decía que se subiera al tren de la vida profesional antes de que fuera demasiado tarde. Desde que había vuelto de su viaje por el mundo había pasado por muchos empleos: asistente contable, gerente de negocio, administradora en un teatro. De vez en cuando se ofrecía como aspirante para el puesto de gerente de cuentas de alguna de las compañías de Relaciones Públicas más grandes y famosas, pero siempre la rechazaban. Finalmente, había decidido que un pie en el rango inferior era mejor que ningún escalón para su pie, y había aceptado el puesto de asistente de

Matthew Shallcross, director de Relaciones Públicas Global una compañía mediana pero pujante.

Global era un nombre un poquito pretencioso para una compañía cuyos clientes eran exclusivamente ingleses, pero había monopolizado el mercado con un periódico al que cada vez le iba mejor. No era lo suficientemente prestigioso como para llamar la atención de los ricos y famosos pero, con los años, se había vuelto la plataforma de aquellos que estaban despuntando en sus quince minutos de gloria, haciéndolos detonar en los periódicos con estrategias muy bien pensadas. Era simple cuando se contaba con una cartera de clientes que daba cualquier cosa por llegar a titulares. Porque de vez en cuando estos aspirantes a famosos daban el mal paso —conducir ebrios, dejar embarazada a una mujer que no era precisamente una legítima esposa o internarse en un centro de rehabilitación—, y era entonces cuando los ejecutivos de cuentas de Global salían a apagar el fuego y a recoger sus ganancias. Pues estos ocasionales deslices, bien manejados, garantizaban interés en el cliente, lo que podía resultar muy lucrativo. En honor a la verdad, era un poco vulgar esto de alentar a personas jóvenes y por cierto no muy lúcidas a exponer su vida ante cualquiera, pero Helen lo consideraba el golpe de gracia de las Relaciones Públicas y le parecía genial. Y, al cabo de un tiempo, cuando se sobrepuso a la irritación que le causaba corregir a sus amigos cada vez que la llamaban secretaria...

—Soy su asistente personal.

—Pero ¿qué es lo que haces?

—Me ocupo de él... marco sus citas, le organizo reuniones.

—¿Archivas?

—Un poco.

—¿Tecleas?

—Sí, ¿y?

—Eso es exactamente lo que yo hago: teclear, archivar, organizar reuniones. Eres una secretaria, asúmelo.

... comenzó a hacerse amiga del poder indirecto que le daba ser la asistente del jefe. Era ella la que podía hacer o deshacer reuniones o llamadas telefónicas y, al cabo de un tiempo trabajando, hasta armar y desarmar declaraciones a la prensa. Cuando Matthew empezó a confiar en ella, le daba para leer — y más tarde, redactar — las gacetillas que se enviaban a los periódicos sobre los clientes de más bajo perfil. Él la había incentivado a que tuviera clientes propios y, cuanto más la incentivaba, más crecían sus ambiciones.

Helen pensaba que muchas de las otras empleadas de la oficina la envidiaban por la proximidad que tenía con el hombre considerado el más poderoso de los directores de la compañía, pero en general se había sabido mantener concentrada en su trabajo. Hasta que un fatídico almuerzo lo cambió todo. Si en ese momento alguien le hubiera preguntado qué pensaba de las mujeres que tenían romances con hombres casados, ella habría respondido que le parecían patéticas, desesperadas, traidoras insensibles. Habría dicho que mujeres así ocupaban el primer lugar en su lista de malas personas. Gente a la que se desprecia y se denigra...

Durante el tiempo que llevaba trabajando para él, Helen había tenido tiempo para evaluar si Matthew era o no atractivo, claro, y había llegado a la conclusión de que sí, que lo era, de la manera en que podían serlo los hombres maduros, pero sí. Así que cuando él extendió el brazo sobre la mesa de Quo Vadis para tomarla de la mano, ella no se sorprendió al quedarse quieta y no retirarla.

—Hace siglos que quiero hacer esto —le había dicho, y Helen había sentido que el corazón se le subía a la garganta. No tenía idea de qué responderle, así que se limitó a quedarse callada y dejó que él se hiciera cargo.

Matthew había continuado.

—El asunto es que te encuentro preciosa. Y he intentado ignorar que hace meses que tengo esto en la cabeza.

Helen se había sonrojado. Y no tenuemente, como la hermosa heroína de una novela romántica, sino de un carmesí subido, ligeramente bochornoso.

—Sabes que estoy casado, por supuesto.

Ella logró gruñir un *sí*.

—Tenemos niñas pequeñas. Si no fuera por ellas... Bueno, no quiero darte la lata, ya sabes, con que mi esposa ya no me entiende... aunque es cierto que nos hemos ido distanciando. Compartimos el cuidado de las niñas, eso es más o menos todo lo que hay entre nosotros. —Se había reído—. ¿Acaso no ves todavía adónde voy con todo esto?

Helen todavía estaba muda. Con su mano libre, jugueteaba con el pie de la copa.

—Sin presiones. No quiero que pienses que si me dices que no estás interesada voy a hacerte la vida imposible en el trabajo ni nada de eso. Sólo piénsalo y, si decides que tal vez podemos ir un poco más lejos, entonces ya sabes qué siento yo. Eso era todo lo que quería decirte.

Y en ese preciso instante ella se dio cuenta de que quería acostarse con él. Había algo en la seguridad que él tenía en sí mismo, algo en la forma en que sus dedos acariciaban el dorso de su mano mientras le hablaba, en la forma en que sus ojos no dejaron de mirarla mientras ella tartamudeaba y transpiraba. Esa tarde, ella había regresado confundida a la oficina y apenas si había podido mirarlo durante el resto del día.

\* \* \*

Y, por la noche, se había ocupado de aburrir hasta el cansancio a su amiga Rachel.

—¿Lo hago?

—No —dijo Rachel.

—Tal vez...

—No —dijo Rachel.

—¿Y qué pasa si...?

—¿Me estás escuchando? —dijo Rachel bruscamente—.

Está casado. No lo hagas. No te conviertas en una de esas mujeres que odiamos.

«Las mujeres que odiamos» constituían buena parte del vínculo entre Rachel y Helen. Nada más conocerse, de mochileras en la India, habían empezado una lista mental que agrupaba al tipo de mujeres que despreciaban y, de regreso a Londres, cuando Helen vivía en el piso de Rachel en West Brompton mientras buscaba un lugar propio, habían comenzado a escribirla. Cada una de ellas tenía una copia y, regularmente, sobre todo cuando estaban borrachas en la casa de una o de la otra, volvían sobre ella y la actualizaban con las nuevas ocurrencias. «Mujeres que roban el marido a otras mujeres» había estado en la lista desde el principio pero, en la mente de Helen, su caso era diferente. Para empezar, ella no había seducido a Matthew; era él quien había hecho todo el trabajo.

—Tienes razón. Pero... creo que de verdad le gusto.

—Vamos, por Dios. Por supuesto que le gustas, tienes veinte años menos que él y estás dispuesta a llevártelo a la cama sólo porque él te lo pidió. Además, le teclas sus cartas y le llevas tazas de té. Eres la fantasía de cualquier cincuentón. ¿Qué de todo eso podría no gustarle?

—Sabía que no tenía que decírtelo —dijo Helen, malhumorada—. Sabía que no ibas a entender.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Helen había esperado el momento en que Matthew estuviera solo en su despacho para entrar y cerrar la puerta a sus espaldas.

— Está bien — había dicho.

— ¿Está bien qué? — Él había alzado la mirada de los papeles de su mesa para sonreírle. Ella se había puesto colorada.

— Que si quieres... ya sabes... entonces que sí, que podemos... ya sabes... si quieres. Yo quiero.

Matthew se había reído.

— ¿Estás hablando en código? — Había hecho un gesto como de barrer con la vista su despacho —. ¿Acaso te están espiando?

Helen tenía el rostro color carmesí.

— Ya sabes lo que quiero decir.

— Sí, lo sé. Y me hace mucha ilusión. ¿Estás libre la noche del miércoles?

Helen había tragado con tanto esfuerzo que el ruido se oyó en todo el despacho.

— Sí.

\* \* \*

En la siguiente escena, él estaba en su cama y todo su sentido común y su ambición y todo lo que ella creía de sí misma se habían ido por la ventana. Tanto ella misma como todos sus amigos le repetían: «Córtalo ya. Esto no puede tener un final feliz», y ella había ignorado las advertencias porque, como era de esperar, decidió que estaba enamorada y Matthew finalmente le dijo que él también. Y, desde luego, unos pocos meses después, Matthew también le había dicho que tenía intención de dejar a su esposa, Sophie, cuando llegara el momento. Y, claro está, eso había pasado hacía cuatro años, pero él jamás había dejado a su esposa ni por un fin de semana siquiera.

Sin embargo, los primeros meses con Matthew habían sido fantásticos. Para ella era un mundo completamente nuevo, pues él era más maduro que ningún otro hombre con el que